de seres. Él logra decirlo en poemas de verdad tan clara que a cualquier lector, en circunstancias semejantes, le bastará, para sentirlos válidos, con canjear los nombres de lugares y de protagonistas.

Los restantes poemas glosan distintos momentos del paisaje manchego, campos de labor y dilatadas viñas. El poeta se siente en su centro y habla apasionadamente, con dolor de amor, de una tierra que va «por los desiertos del aguantarse e ir tirando». En esa línea, canta a los primitivos colonos de La Mancha en un himno antiheroico o bien de héroe modesto y oscuro del arado y la pana, de trabajo y sudor, sin fanfarrias militares ni hazañas bélicas, que lo hacen particularmente simpático.

A veces, quizá por la temática, Cabañero nos recuerda al malogrado Juan Alcaide Sánchez, su paisano. A la fuerza expresiva de Cabañero se supeditan el rigor y la perfección, pasando sobre irregularidades que resultan menores si hay en primer término una voz auténtica.

L. de L.

La poesía en siete libros

Es inevitable. Cuando quiere uno darse cuenta, tiene sobre la mesa un montón de libros que, pese a su fecha, no han pasado a los comentarios mensuales. En una de las épocas de mayor desinterés del público por la poesía, se da la paradoja de su abundancia. ¿Por qué la gran afición poética que supone esta mayor escritura no lle-

va paralela afición lectora? Es una de las cuestiones que plantea el panorama de nuestra literatura.

Como quiera que sea y sin entrar en ello, a lo que voy es a dejar constancia aquí de algunos libros aparecidos no hace mucho, cualquiera de los cuales pudo y debió tener reseña en su día. Habrá que ocuparse de otros más recientes, pero no sería justo silenciar éstos.

Sea el primero *Para andar conmigo*[1], de José Luis Tejada. Será difícil dar hoy con un poeta que posea la gracia y la facilidad de éste. Su homenaje a Lope en sonetos y letrillas de la primera parte es un alarde; muchos podrían atribuírsele, salvados algunos vocablos fuera de época. Cuando canta sus propios aconteceres, cierto que no se despega totalmente del modelo, pero —quizá su andalucismo— se pasa a ratos al enemigo con armas y bagaje gongorista, sea de adquisición directa, sea —que tampoco resultaría extraño— de mano albertiana. Es una pura delicia leer muchos de estos sonetos o poemillas menores y, en ellos, va, naturalmente, implícito el sentido que de la poesía tiene Tejada. Las aguas están turbias y él quiere clarearlas con la belleza y el ángel de su alegre decir.

En vertiente bien distinta de la poesía véase a Manuel Pacheco, con sus *Poemas en forma de de...*[2] Para él la poesía es también una *forma de* protesta, de rebeldía. El poeta es un inconforme. Esta autenticidad es expresada mediante materiales de acarreo, ya surrealistas, ya de prosaísmo narrativo, ya de

[1] Colección Adonais. Madrid. Vol. CCVI.

[2] Colección Rocamador. Palencia. N.º 11.

metaforismo colorista o de delirante lirismo. Domina lo primero, no cabe duda, aunque sin romper el hilo discursivo por el que se deduce la queja honda y rebelde, de rebeldía dolorida, que le nace auténtica al poeta frente al vivir. Será discutible la vigilancia del gusto para mantener los límites de lo hosco, pero es indiscutible no ya, como he dicho, la autenticidad herida del poeta, sino el poder expresivo de su desgarrado verso.

Otra es la poesía de María Eugenia Rincón. *Tierra secreta*[3] es la intimidad donde se enroca la poetisa y desde donde medita en tradicionales motivos poéticos: el amor, la muerte, la tristeza. Es una poesía sencilla y con ternura, pero no exenta de sensualidad en los poemas amorosos y, aunque se exprese con delicadeza, no carente de fuerza. En los poemas maternales, más que en el juego de gracia leve —que también ensaya— acierta en la comprensión del hijo como espejo de la propia infancia, como agua que corre desde los pies de árbol y tierra de la madre. Versos de mujer como sólo una mujer puede hacerlos, pero no blandamente femeninos.

La poesía: un claro misterio, una nostalgia herida y, a la vez, un presagio. Así en el verso entrecortado y breve, un poco jadeante, estremecido de indecisas repeticiones, como si quisiera convencerse a sí mismo de una fe nada firme, de los *Poemas para un nuevo libro* que ha publicado José Corredor Matheos.[4] Poesía desnuda, casi cortante, despo-

[3] Artes Gráficas Vives Mora. Valencia.

[4] Instituto de Estudios Hispánicos. Colección «Premio Boscán». Barcelona.

jada de retórica, se muestra desolada, desesperanzada en una circunstancia vital que apenas deja resquicio a los augurios de un porvenir mejor. Poemas ininterrumpidos, como un río amargo en cuyo son uniforme y sordo se dice y se desdice la propia vida del poeta que mira, con ojos heridos, una existencia poco alentadora. Poesía –quiere decirse– verdadera.

Esta otra poesía: la de José María Forteza en su libro *Invitación a la esperanza,*[5] es una sosegada corriente de cotidianidad. Componen el libro doce *meditaciones,* la mayoría en romance, y son éstas las de un hombre que vive en paz, acude a su trabajo y contempla a sus hijos y las cosas del mundo con una fe como virtud que engendra otra: la esperanza. Es una poesía de aceptación, dictada por una emoción directa y sin complicaciones ni mayores problemas, lo que refleja en la forma, nada complicada tampoco. Una poesía de tono menor, cuya virtud hay que buscarla en su propia sencillez, intencional y expresiva.

El tema de España en la poesía, de nuevo. Ahora en versos de Francisco Sánchez Bautista. *Cartas y testimonios*[6] está escrito con energía y con pasión. Participa de esa visión de la patria como tierra calcinada y abrupta y la canta con verso rotundo de adjetivo y de entonación. Cae en lo discursivo, se enreda un poco en la verbosidad ripiosa, pero le salvan su espontaneidad, su fuerza, su expresividad. No sólo el amor a la tierra y el grito desgarrado por su sed y su

[5] Obra editada por el Ayuntamiento de Palma de Mallorca.

[6] La Editora Comercial, Orense.

angustia, sino también otros problemas, como el del absentismo y la emigración. No rehuye los nombres concretos ni aun los tópicos. Sobre todo ello pasa quemando su fuerza elemental. El libro es un testimonio al rojo vivo de un pedazo de España esquilmada cuyos hijos cruzan frontera hacia Europa, en busca de un pan menos amargo. Francisco Sánchez Bautista es —salvadas todas las decantaciones precisas, todas las influencias que le marcan— un poeta rotundo.

Carlos Pinto Grote sabe que la vida —una costumbre nada más— es *Muda compasión del tiempo*[7] y de aquí parte su poesía que bien puede considerarse religiosa, si es ésta la que enfrenta al hombre con un Ser superior, cuya existencia Pinto Grote necesita y reclama, la poesía que plantea el eterno interrogante del existir. Poesía intelectual, aun en sus poemas más frescos y jugosos cuales son sus *Canciones en la ventana*. Y en sus *Poemas sin importancia*, con algo de «primores de lo vulgar» y algo de dejadez que, al tiempo, comulga con la vida. Y con la muerte. Resulta de impresionante realismo el poema en que ve a los gusanos sobre su propio cadáver —realista y no romántico, pese al tema—. No es posible extenderse más en esta nota, pero hay poemas en el libro —como son *Grito desde mi culpa...* y *Aquí, tan sólo aquí, junto a la fuente...*— que justifican plenamente a un poeta y que valoran a Pinto Grote con una importancia en nuestra poesía actual como no le veo reconocida en la por

[7] Colección Tamaragua. Las Palmas de Gran Canaria.

otra parte no muy justa atribución de famas.

He aquí la poesía en siete libros disímiles, comentados sucintamente para que nuestra premura de diario quehacer no deje sus títulos fuera de estas columnas testimoniales.

L. de L.